

Sobre las primeras miradas a las organizaciones armadas argentinas: Un contraste entre las perspectivas de *Controversia* y la historiografía de la “estrategia democrática” de los ´80.

Garbarino, Maximiliano Alberto (UNLP- FaHCE-IdIHCS)

Maxigarbarino@hotmail.com

1. Introducción:

En los años de “transición democrática” en Argentina, se instauró un rechazo tajante –a diferencia de otras transiciones democráticas - a la “última dictadura militar”. Este rechazo venía de la mano de una revalorización de la “democracia” y del estado de derecho. Pero no sólo había un rechazo “fundante” al terrorismo de Estado sino a cualquier tipo de violencia. En realidad, las dicotomías que organizaban, de modo predominante pero no único, el espacio de representaciones políticas tenían formas de este tipo: por un lado violencia, autoritarismo, antagonismo, visión de la sociedad como guerra; del otro, democracia, consenso, estado de derecho, ley, reconocimiento del otro, derechos humanos¹.

Supuestamente, tanto las organizaciones que propiciaban la lucha armada como sus enemigos, la represión militar (o antes, pseudo estatal como la trile A) compartían la visión de guerra, las prácticas totalitarias, la imposición violenta entre otras cosas. Por lo tanto estos otrora grandes oponentes se subsumían bajo el mismo polo. Contra esto, estaba “lo nuevo”, la democracia naciente. Junto con el rechazo a la Dictadura aparecía el rechazo a la violencia política² en general, cosa que incluía al accionar de las organizaciones revolucionarias armadas en los ´70. Sobre esto último nos centraremos.

Este movimiento de ideas social y político se registró a lo largo y a lo ancho de varias capas sociales, sectores, instituciones, ámbitos. Ahora bien, en el registro académico la producción sobre la cuestión de la violencia política (o “lucha armada”) en los ´70 fue numéricamente restringida³: tempranamente aparecen el libro de Hilb y Lutzky “La nueva izquierda argentina: 1960-1980” publicado en 1984; en 1986 aparece el libro de Ollier “El fenómeno insurreccional y la cultura política argentina: 1969-1973” y su complemento “Orden, poder, violencia (1968-1973)” es publicado en 1989⁴.

¹ Cfr. Vezzetti (2002: 25-27; 115);

² Al respecto cabe recordar que el decreto de Alfonsín (158, 13 de diciembre de 1983) sobre el enjuiciamiento a las Juntas Militares fue publicado junto con el de promoción de enjuiciamiento a las cúpulas guerrilleras (decreto 157)

³ Se registran más libros de corte periodístico o de “balance militante” (Cfr. Pittaluga, 2007).

⁴ No nos olvidamos del famoso libro de Gillespie (“Soldados de Perón) publicado originalmente en 1982, ni mucho menos de J. C. Marín “Los hechos armados. Un ejercicio posible”, CICSO, 1984. Pero estos libros no están en la línea de “valorización de la democracia” que marcamos. Son rechazados de plano por estos autores, o considerados como mera “fuente de información”, o directamente ignorados.

Estos libros de registro académico se inscriben en lo que Pittaluga y Oberti (2006: 131-149) llamaron la “estrategia democrática”. Hay aquí, según estos autores, una valoración de la democracia por sí misma, donde se rescatan los valores de “pluralidad”, consenso, estado de derecho.

Esta “nueva” visión de la sociedad y la política tuvo una larga y variada gestación. Muchas de las discusiones que contribuyeron a esta conceptualización tuvieron lugar en el exilio. Al respecto, sostiene Vezzetti, en la revista *Controversia para el examen de la realidad argentina*, revista editada en México entre 1979 y 1981, pueden hallarse varios núcleos de discusión que luego redundaron en un reposicionamiento de una buena parte de la intelectualidad ante la democracia y la lucha armada de los 70⁵. Más concretamente, muchos de estos debates fueron luego desarrollados y contribuyeron a la posición brevemente descripta a la que llamaremos “democratista”. En esta revista escribieron exiliados de distinta trayectoria política. A decir de Burgos (2004: 285-289), la línea de las Cátedras Nacionales y de las Cátedras Marxistas (que intentaba articular con el o en el peronismo) estuvieron presentes. Muchos de su Consejo de Redacción o colaboradores tenían o tuvieron después un lugar destacado dentro de la intelectualidad argentina: Héctor Schmucler, Nicolás Cassullo, Juan Carlos Portantiero, Emilio De Ipola, entre otros.

Vezzetti (2009: 61-120) trata de establecer ciertas continuidades históricas respecto de la evaluación que se hacía de la “violencia revolucionaria”. En particular tiende un puente entre *Controversia* (puntualmente sobre uno de los articulistas: Sergio Caletti) y la historiografía de la “estrategia democrática”. Puente que intenta impugnar precisamente la idea de “estrategia democrática” (Vezzetti, 2009: 84). Quizás Vezzetti quiera no pasar por anacrónico y por tanto vincula su crítica a la violencia revolucionaria (autoritaria y terrorista), crítica que comparte con la historiografía referida, con críticas que militantes de izquierda hicieron durante el exilio. Si Vezzetti tiene razón y hay continuidad, la revalorización de la democracia y la impugnación democratista a la violencia sería una corriente que estuvo mentada también por el balance de ciertos militantes de izquierda.

Lo que trataremos de hacer es un contraste entre los análisis de la “lucha armada” que hacen la visión “democratista” por un lado y *Controversia* por el otro. Demás está decir que entre Ollier y Hilb se registran también diferencias y matices, algunos de los cuales marcaremos. En el caso de *Controversia* veremos que no hay posiciones unificadas; hablaremos mejor de un “espacio discursivo” bastante amplio pero en el cual igualmente se registra un terreno común.

⁵ La revista *Controversia para el examen de la realidad Argentina*, se publicó en la ciudad de México entre octubre del '79 y agosto del '81. Fueron en total 13 números (algunos publicados juntos en un solo volumen).

Trataremos de ver algunas diferencias y fundamentar por qué nos parece que, contra lo que afirma Vezzetti (2009: 80-90), no hay continuidad entre los debates de *Controversia* y la mirada “democratista” (al menos en lo que atañe a las reflexiones sobre la “violencia política”). Lo que se registra más bien es una perspectiva general diferente que puede llegar a tener evaluaciones similares pero por razones en todo caso muy distintas.

Vayan algunas aclaraciones respecto de la revista y lo que nosotros tomaremos de esta. Lo que se ve a simple vista, respecto del problema de la lucha armada y la violencia en Argentina, es un interés inicial en el tema reflejado en algunas notas que expresamente lo trabajan. En el número 1 hay dos intervenciones, una de Sergio Bufano y otra de Rubén Caletti que se extienden al número 2⁶. Ahí está lo más sustancial de las posiciones (muy diferentes) en debate. Luego se nota que el tema va perdiendo fuerza, y rápidamente se convierte en lateral y va a ser reemplazado por un espacio creciente dedicado a la cuestión de la democracia y a la caracterización política de la dictadura.

En nuestro análisis tomaremos centralmente las intervenciones de Caletti y Bufano mencionadas⁷. En menor medida, y para completar algunas cuestiones, tomaremos también el famoso editorial del número uno de Héctor Schmucler (“Actualidad de los derechos humanos”), un artículo de Ernesto López (“Discutir la derrota”, N° 4) y otro de Julio Godio (“La guerra imaginaria ha terminado”, N° 8).

Primero expondremos a grandes rasgos las lecturas sobre el problema de las organizaciones armadas de Hilb y Ollier haciendo algunos comentarios que destacarán ciertos aspectos. Luego expondremos los artículos de Bufano y Caletti marcando algunas coincidencias o diferencias entre sí y con los textos “democratistas”. En las conclusiones resaltaremos a través de ciertos ejes algunas coincidencias y sobre todo diferencias que nos resultan muy relevantes.

2. Las organizaciones armadas como *expresión* de la cultura política argentina.

El libro de Hilb y Lutzky consta de tres capítulos y un anexo donde se reseña la escasa bibliografía al respecto en el momento. La perspectiva que ellos toman intenta analizar dos cuestiones: por un lado el surgimiento de la guerrilla urbana en la Argentina como parte de su cultura política y como emergencia de cierta crisis política; por otro lado –y en esto se centra el capítulo redactado por Lutzky- intenta trazar los elementos de la “lógica” que despliegan las organizaciones armadas (lógica que como insistirán, en gran parte es la profundización de elementos de la cultura política Argentina).

⁶ Ver bibliografía.

⁷ Además agregamos otro artículo de Bufano publicado en el N° 6: “Izquierdistas: esos brujos”.

En la introducción y el primer capítulo Hilb define a lo que los autores llaman “Nueva Izquierda” surgida en los años 60, más precisamente entre la revolución cubana y el cordobazo. Una de sus características es que se establecen por fuera de los grandes partidos políticos tradicionales y por oposición (y desprendimiento) de organizaciones políticas de izquierda que ya tenían su trayectoria (PC y PS). En ese momento de proscripción del partido mayoritario en Argentina, donde los partidos de izquierda no supieron cómo posicionarse frente al caso (por lo menos así lo evaluaron algunos), y dados otros elementos más que retomaremos, la nueva izquierda toma ideas de las revoluciones triunfantes o en curso (la cubana es la paradigmática) y piensa el enfrentamiento armado como un momento necesario de la lucha popular (hay diferencias de concepción sobre la guerra y las etapas de lucha pero todas entienden al enfrentamiento armado como necesario en algún momento). Estas ideas toman otra dimensión a raíz del Cordobazo. A partir de aquí algunas organizaciones interpretarán que ha llegado la hora del enfrentamiento armado.

Ahora bien, la preocupación de los autores pasa por inscribir al fenómeno de la lucha armada (inscripto a su vez en lo que ellos llaman sin demasiadas caracterizaciones “Nueva Izquierda”) dentro de la crisis del “sistema político” en Argentina. La lucha armada es así “expresión” de esta crisis (expresión construida con elementos de la práctica política argentina y el contexto internacional).

Uno de los puntos de partida para el análisis de esta crisis son los años de gobierno peronista (’46-’55). Aquí, el parlamento controlado siempre mayoritariamente por el partido de gobierno generó la siguiente situación: la oposición, sin lugar político en el parlamento ni en ningún lado, se empezó a relacionar con el Estado a través de corporaciones y grupos de presión – los militares son un caso más-. Aparecen así otros canales de intervención política (o para ser más fieles a las concepciones de los autores podemos decir: otras formas de intervenir *sobre* la política). (Cfr. Hilb y Lutzky, 1984: 12-13)

Luego del golpe de estado del ’55, aparece realmente la “crisis política”. Es interesante que la autora llama a este período posterior de “democracia restringida” por la proscripción del peronismo aunque los años de intervención militar abundan. En estas condiciones no se pudo reconfigurar un espacio simbólico compartido donde se diriman los conflictos y consensos, es decir, según los autores, no hubo el lugar de la democracia (Cfr. Hilb y Lutzky, 1984: 12-14).

En este contexto de crisis política donde no había unidad simbólica (una aceptación de reglas compartidas para dirimir conflictos, etc.), fue creciendo la idea de que la lucha armada es necesaria para el retorno de Perón. La democracia fue crecientemente asociada a proscripción (los jóvenes que se van incorporando a la política no tienen otra experiencia de ella). (Cfr. Hilb y Lutzky, 1984: 14-19)

A este contexto de crisis hay que agregarle ciertos elementos y prácticas típicas de la política argentina: desde el '45 al menos la visión dicotómica del espacio político domina. Peronismo y antiperonismo es la expresión de esto. Sumado al “contenido autoritario” en los discursos tanto del peronismo como de su oposición (contenido autoritario significa que el oponente es excluido del espacio simbólico, es el otro ilegítimo). A su vez, la política es vista como instrumento, como medio para ciertos fines y no como generador de reglas comunes de “juego”⁸.

Por tanto no es extraño que la nueva Izquierda “... identifique a la política con engaño” y al Estado como un aparato donde se concentra el poder. Tanto el desprecio de la política como la concepción de un poder a ser “tomado” no son ajenos entonces a estas prácticas y a la circunstancia de crisis política. (Cfr. Hilb y Lutzky, 1984: 12).

Antes de seguir resumamos los tópicos de la cultura política que las organizaciones armadas retoman y profundizan: el otro es enemigo, la política es un instrumento para excluir a ese otro, hay una completa ilegitimidad del otro, espacio político dicotómico –peronismo antiperonismo, unitarios federales, etc-. Todo esto potenciado por la crisis política, claro está.

Después del Cordobazo, como decíamos, se afirma la idea de “guerra popular como método”. Aquí se señala algo al pasar que luego en el texto de Ollier va a ser central: el peronismo es interpretado como la revolución socialista truncada y la violencia social desatada (las luchas populares crecientes si se nos permite) dan cuenta – para estas organizaciones políticas- de que ha llegado el momento de un salto cualitativo en la metodología de lucha. (Cfr. Hilb y Lutzky, 1984: 22-23).

En este contexto político y en continuidad con su cultura es que se debe entender la lucha armada, su surgimiento y fortalecimiento. Con las elecciones del '73 todo cambia. La “irrupción de la política” complica las cosas, la Nueva izquierda aparentemente no puede salir de su idea de que la política es un engaño y de que el Estado es un instrumento que concentra el poder. No hay otra forma de poder ni otra forma de política y legitimidad (Cfr. Hilb y Lutzky, 1984: 24-28) .

Esto, sumado al surgimiento de grupos de derecha que hostigan a dirigentes de la Nueva Izquierda, va a contribuir a un aislamiento creciente de la lucha armada. Aislamiento que va a redundar en la alimentación circular de la lógica de enfrentamientos de aparatos. Al aparato militar o para-militar, se le enfrenta otro aparato militar. Desde el 73 al 79 va a haber un enfrentamiento de aparatos donde obviamente prima el más poderoso (Hilb y Lutzky, 1984: 26).

⁸ Cuando estos autores hablan de política entienden el parlamento, el sistema de partidos, los discursos destinados a legitimar, consensuar o diputar posturas políticas partidarias.

En el capítulo 2 Hilb ensaya una aproximación más normativa y general de la cuestión. Sostiene que la dicotomía “acción –armada- vs. engaño de la política” le obturó a la izquierda la posibilidad de pensar lo propiamente político. No se pudieron ver otras formas de legitimidad, ni la importancia de pensar y construir un espacio simbólico común de resolución de conflictos. La cuestión es salirse de pensar a la política como superestructura (Cfr. Hilb y Lutzky, 1984: 30/1).

El pensamiento autoritario es una constante en la cultura política argentina (no es tributaria sólo de la izquierda armada o de los militares). Entender a la sociedad como una unidad donde las divisiones se producen por agentes externos o perturbadores de un orden legítimo, lleva obviamente a ver al otro como enemigo a ser excluido. Esta visión es una “matriz de relaciones sociales autoritaria” (Hilb y Lutzky, 1984: 34 y 36). La izquierda armada participó de ella.

En el capítulo III (escrito por Lutzky) se hace referencia a ciertos tópicos que, según el autor, hacen al conjunto de la lógica política de la Nueva Izquierda. Si bien hay varios, nosotros tomaremos unos pocos que nos ilustran sobre el conjunto y nos aportan algunos elementos más que los señalados.

Hay una visión dicotómica de la sociedad, dos campos donde uno no tiene ningún tipo de legitimidad. A esta lógica la explica también Lutzky por la influyente visión de los sacerdotes del tercer mundo. Este discurso dividía el espacio social en pueblo y anti pueblo y presentaba las luchas populares en Latinoamérica y el tercer mundo como una gesta liberadora cuasi universal. Hay así ciertos elementos religiosos de entrega revolucionaria, de heroísmo y martirio que explicarían cierta cultura de la muerte (Cfr. Hilb y Lutzky, 1984: 41-44).

Otro tópico: la verdad de la política es la guerra. La guerra es la política por otros medios, por los medios idóneos. Acá quisiéramos marcar una ambigüedad que no sabemos si la debemos al análisis o al objeto analizado. No queda claro si, como decíamos, la guerra es la verdad de la política o si la guerra es una etapa de la lucha política. El autor parece afirmar lo primero pero basándose en una cita que dice lo segundo (Cfr. Hilb y Lutzky, 1984: 57) .

El eje más interesante - y más claro-, nos parece (que luego se puede ver profundizado en Ollier) es el que trata de la violencia. Esta tiene una doble faz. Por un lado la violencia está legitimada porque es una expresión del pueblo. La violencia de la Nueva Izquierda se inserta así en la línea del pueblo que la ejerce y la reclama legítimamente. Esto confluye con la idea estratégica de la guerra como etapa de la historia. Esto explicaría quizás la ambigüedad anterior: la guerra es una etapa de la historia, la violencia del pueblo está anunciando que ha llegado ese momento. Por otra parte, la violencia organizada es impulsora de la revolución y su necesidad es estratégica (Cfr. Hilb y Lutzky, 1984: 60/1).

Hagamos un resumen nosotros: la izquierda armada surge en medio de una crisis política. Es su expresión. Expresión que toma elementos de la práctica política argentina (que se fortalecen a raíz del gobierno peronista) como parte de una matriz autoritaria en la que se acomodan elementos simbólicos provenientes de las revoluciones desatadas en el tercer mundo. La lucha armada va a cobrar cuerpo después del Cordobazo. Tiene una visión política truncada o incluso una visión no-política de la sociedad según los autores: no pueden pensar la democracia, sus procesos de legitimación y resolución de conflictos a través de un modelo parlamentario. La irrupción de la política en el '73 va entonces a exceder esta lógica. Al ser desbordados por la política propiamente dicha decaen en una “política” de confrontación de aparatos, alimentada por la lógica interna descripta, donde no les queda otra que ser aniquilados por un ejército⁹. Se puede decir que el libro de Ollier, en rasgos muy generales, no se aparta de la línea trazada por el anterior. Sin embargo introduce otros elementos y profundiza los señalados en la investigación anterior. Destacaremos igualmente diferencias sustanciales, no en la visión que se tiene del concepto de política en general, sino más bien de elementos descriptivos de la realidad social y política donde se mueve el fenómeno analizado.

Hay que decir que el objeto estudiado en este caso es mucho más puntual. No se trata de la “nueva izquierda” y su concepción de la violencia política, sino del “fenómeno insurreccional”, pero más concretamente hace referencia a las formaciones peronistas e incluso se detiene en la organización más poderosa: Montoneros.

Se parte de una constatación: el fenómeno insurreccional surge en medio de un alto grado de confrontación social. Intentará ver el vínculo entre ese momento político de conflictividad social con el surgimiento y consolidación de la guerrilla; así como también la profundización en estas organizaciones de ciertos elementos culturales de la política argentina¹⁰.

Ollier se centra en la cultura política al igual que Hilb. Ambos libros dan cuenta de una etapa de conflictividad y crisis. Sin embargo hay un matiz interesante: mientras el libro de Hilb y Lutzky acentúa el carácter político de la crisis, la ausencia de espacio parlamentario –incluso cuando el parlamento funciona-

⁹ Para los autores, al parecer, propiamente hablando “política” es “política democrática”. Se hace política si se buscan marcos comunes para generar consensos.

¹⁰ En el libro Orden, poder, violencia (1968-1973), Ollier plantea una descripción más general del contexto político donde surge la guerrilla con la pretensión de entender las “razones discursivas, ideológicas y políticas que le permitieron desarrollarse”. A lo largo del texto vemos como dirigentes políticos y organizaciones de todo el arco social (Perón, el radicalismo, militares) planean una suerte de política “informal”, alianzas inesperadas, utilización instrumental del Estado, etc. Es decir, se dedica a describir la “cultura política” común de los protagonistas y actores políticos de esa etapa.

y por tanto pone un corte histórico en 1946; para Ollier el acento se debe poner en la conflictividad social, el nivel de luchas alcanzado y por tanto el corte es claramente en 1955.

Volvamos a Ollier. Entiende que para analizar la identidad de las organizaciones armadas peronistas es menester tener en cuenta tres ejes: la visión de la sociedad que tienen estas organizaciones; su concepción del peronismo; su propuesta ideológico-política que entraña una nueva forma de intervención política. (Ollier, 2005: 237-243).

Sobre el primer punto lo central es que estas organizaciones compartieron una mirada general de la sociedad donde a partir del '55 es vista como un orden violentamente garantizado. Es decir, el orden social se basa aquí en la violencia de los de arriba. Ahora bien, esta violencia justifica la violencia de los de abajo. El pueblo, oprimido, con su partido proscrito, asume la violencia contra la violencia. (Ollier, 2005:248)

En esta línea Ollier hace dos evaluaciones que nos resultan centrales. Primeramente objeta la lectura que hicieron las organizaciones sobre la llamada violencia popular. Se lee en ella, sobre todo después del cordobazo, una pretensión revolucionaria, una impugnación al orden social. Sin embargo para Ollier aquí hay un error: por un lado, grandes sectores del peronismo sobre todo sindical, tienen una estrategia de lucha que termina en negociación (o al menos eso se pretende). Esto es, las luchas son encaradas con objetivos puntuales que no impugnan el “sistema”. En base a algunas entrevistas, Ollier entiende que las tomas de fábrica tenían por objetivo negociar con el dueño, no la impugnación de la alienación capitalista. (Ollier, 2005: 275). Habría aquí entonces un error de “diagnóstico”.

Las categorías que leen los procesos sociales en términos de amigo-enemigo, sumado a la idea de “Pueblo” como ser homogéneo (al interior no habría grietas o lecturas diferentes del mundo, sólo los traidores negocian), y a la confianza en el triunfo final de este, son absolutamente consecuentes con ese error y otro más. (Ollier, 2005:270)

El grado de violencia social es interpretado como la pauta de que ha llegado la etapa de la guerra revolucionaria. Porque conceptualmente la guerra –en tanto enfrentamiento armado- se entiende como una etapa de la lucha por la liberación del pueblo. El cordobazo y toda la serie de puebladas es vista como la señal de que esta etapa ha comenzado. Esto no se condice obviamente con lo que Ollier señala anteriormente: que las luchas no impugnaban el orden social, sino ciertas condiciones. Pero además aquí Ollier advierte que una “teoría”, la de la guerra popular, se convierte en “creencia” (Ollier, 2005: 276). Lo que primero es una postura teórica (hay un momento de guerra popular) se transforma en una creencia cerrada, básica: “estamos en una guerra”.

Respecto de la concepción del peronismo. La etapa de la proscripción y resistencia del peronismo alimentó la posibilidad de que se haga un “recorte histórico” de la experiencia del mismo. Básicamente, según Ollier, se olvidaron los gobiernos de Perón y se quedó con la historia de la resistencia, con una historia de pueblo resistente vs. oligarquía. La unidad del pueblo oprimido contra la oligarquía explotadora fue el recorte y la simplificación histórica básica sobre la que se asentaron las visiones del peronismo (Ollier, 2005: 281).

En consonancia con esta “ficción histórica” da cuenta Ollier del componente autoritario-paternalista del peronismo. Este tendría dos formas extremas: O bien se concibe a las masas como indefensas y hastiadas y por tanto hay que conducirlos (esquema fascista); o bien se entiende que hay un sujeto colectivo de conciencia insuficiente (esquema marxista) y entonces también habría que conducirlos. (Ollier, 2005: 287/8). En todo caso este esquema va a ser justificador del peronismo armado: esa unidad que es el pueblo, interpretado por el peronismo, esa unidad explotada, oprimida, necesita de unos salvadores. Dada esa unidad y transparencia de la opresión del pueblo peronista, sólo hace falta la conducción armada que lo libere.

Ahora, ¿qué pasa en, y qué revela, la salida eleccionaria de 1973?. Según Ollier, “Perón admite una salida pacífica y democrática a la crisis, así como una salida violenta y autoritaria” (Ollier, 2005: 290). Si por un lado Perón instruye a Paladino para la negociación, por el otro legitima a las formaciones especiales. Sin embargo para las organizaciones armadas sólo la salida violenta es la válida. Aceptan las elecciones pero no por convicción sino de modo instrumental, es una táctica, luego, estratégicamente entienden que la batalla armada contra la oligarquía se va a dar sí o sí.

Valga un paréntesis (aunque nos adelantemos a la contraposición con los artículos de *Controversia*): la dicotomía abstracta que organiza el discurso de Ollier entre violencia-autoritarismo vs. democracia-salida pacífica, casi no la deja expresar algo obvio. Nos parece que no hay “peculiaridad” alguna –esa es su palabra- entre fomentar las “formaciones especiales” y negociar a través de Paladino. No hay ni siquiera ambigüedad. Al menos en abstracto (más allá de lo que pensaban Perón o Montoneros) emparejar *salida pacífica* con *democracia* es algo complicado: la democracia suele costar sangre, y los golpes armados a los gobiernos de facto, como también registra y admite Ollier, pueden contribuir a la salida democrática¹¹. De hecho, otro problema, nos parece, que se registra en Ollier y Hilb es que tratan como sinónimos términos como *elecciones*, *democracia*, *salida pacífica*, *parlamentarismo*. Si bien no dejan de registrar lo

¹¹ Dice Ollier sobre Perón: “Ha colocado la violencia armada en función de una estrategia electoralista”(301), y más adelante afirma que la guerrilla al principio “... cooperó con la instauración del gobierno democrático (más allá de las voluntades políticas de sus integrantes)” (328/9)

que los propios actores (Perón, Montoneros) dicen al respecto, no pueden concebir ni dar cuenta de una visión del poder que contemple a la vez una doble faz: la fuerza y el consenso. No queremos atribuir ni a Perón ni a Montoneros precisamente nosotros y aquí una teoría del poder. No podríamos hacerlo. Sólo registrar lo que creemos que es un sesgo teórico importante de la visión democratista: su esquema dicotómico (democracia-violencia) no los deja pensar la dimensión de “fuerza” que implica la política.

Al respecto podemos arriesgarnos a decir que la “estrategia democrática” comete el mismo error que le imputa a la “matriz autoritaria”. Mismo error con signo contrario. La dicotomía guerra-democracia no deja lugar a una concepción más compleja del poder. O tomamos una forma de ver la política o la otra.

Retomemos el análisis de Ollier. ¿Cómo explica lo que ella llama la “peculiar” visión de Perón? Su respuesta es cultural, es decir, hay en la cultura política Argentina algo que Perón y Montoneros comparten también: la visión instrumental del poder en donde “los medios no se supeditan a ninguna actitud ética” (Ollier, 2005: 293). La “teoría” que escinde medios y fines la encuentra Ollier en la doctrina leninista así como, insistimos, en la cultura política Argentina donde encuentra sobrados ejemplos de manipulación y de imposición instrumental del poder por cualquier medio (la proscripción del peronismo es el ejemplo máximo).

El tercer eje explicativo-comprensivo tiene que ver con la “sustitución de la política por la guerra” (así se llama el capítulo III), contribución específica y propia de estas organizaciones. La primer aclaración que hace Ollier se refiere a que hasta las elecciones del '73, hay una violencia social alimentada por el régimen militar y la proscripción del peronismo que le da legitimidad a las organizaciones armadas. A partir del triunfo de Cámpora se puede hablar para la autora de “terrorismo” ya que hay un aislamiento creciente de las organizaciones respecto del resto de la sociedad y una pérdida de legitimidad. A partir de aquí la dinámica política de la guerrilla tiene una lógica de desarrollo interna vinculada a su idea de violencia y guerra (Ollier, 2005: 304), totalmente escindida de la sociedad.

Algunos elementos ideológicos que la izquierda armada toma a fines de los '60 del contexto internacional importantes para entender esto son: la mitología de la revolución inminente, su inevitabilidad histórica, la democracia como máscara de dominación, la presencia de un sujeto revolucionario, la visión tipo amigo-enemigo (Ollier, 2005: 306). Estos postulados tuvieron su caldo de cultivo en el contexto de proscripción y crecimiento de la violencia social.

La nueva forma de hacer política que postulan –en base a los elementos ideológicos ya mencionados y su lectura de la sociedad y el peronismo- entiende que el momento de la guerra armada es inminente, que la guerra es la política por otros medios, y que guerra y política –en sentido tradicional- no se oponen sino

que se complementan. Para Ollier, más allá de las pretensiones explícitas, estas organizaciones de hecho llegaron a sustituir la política por la guerra. (Ollier, 2005:307).

Las acciones políticas diseñadas a través de esta “nueva forma de hacer política” se destinaron a por un lado debilitar al enemigo y por el otro a fortalecer al pueblo. Ollier registra que las diferencias entre las organizaciones armadas peronistas son subsumidas bajo la idea de la “metodología” de la lucha armada y la visión de una sociedad futura compartida. La “metodología” entonces se convierte en una bandera y en un valor¹².

Una de las cuestiones interesantes, nos parece, que plantea Ollier es que, como se dijo, si bien las organizaciones igualaban en importancia el despliegue político y el militar, y pensaban en la formación de cuadros políticos-milares, de hecho primó la práctica y el entrenamiento militar. Hubo una subordinación del factor político al militar. Esto nos parece destacable ya que es una dimensión interna de la organización que no responde a cultura política argentina (por lo menos que refiera Ollier): es algo que sucedió casi, así parece estar planteado, a pesar de la concepción explícita que iguala en importancia a la política y la guerra. Si bien no dice mucho al respecto, esto no responde estrictamente a la “creencia”, ni al contexto, ni la cultura, ni la ideología. Es una práctica que sucede (Ollier, 2005: 318). ¿Por qué?, no se explica.

Finalmente Ollier se pregunta si los objetivos del peronismo revolucionario son cumplidos. Obviamente que no y si bien a mediano plazo contribuyen a minar al gobierno militar no conmueven los pilares del “sistema”. Registra entonces Ollier una confusión: la guerrilla pretendía debilitar al sistema. Sólo debilitó a un gobierno militar que estuvo exigido a pactar las elecciones del '73. El sistema seguía firme. Y a largo plazo esta “metodología” sólo ayudó al despliegue exacerbado, nunca antes visto, del autoritarismo omnipresente en la historia argentina.

Dos cosas quisiera destacar aquí. En el análisis de Hilb aparece, aunque en un sólo y restringido párrafo, la acción de la derecha peronista aportando al aislamiento de la guerrilla. Nada de esto dice Ollier. No parece haber inter-relación en la perspectiva de Ollier entre los sujetos y actores sociales y políticos. Todo sucede como si la cultura política, ciertos elementos ideológicos (guerra, inminencia de la revolución), teorías convertidas en creencias (sobre el peronismo, sobre la guerra) dieran por resultado la tragedia de las organizaciones armadas. No hay un juego (salvo cuando aparece Perón) de interrelaciones, ni hay decisiones estratégicas (aunque sean mal tomadas) de actores racionales (aunque sea un poco). Sí aparecen

¹² Hay una idea de “metodología” armada que enlaza a las organizaciones más diversas. A las peronistas y a las que no (se decía que ERP y Montoneros eran “primos”). Después había otros criterios: cómo entender al peronismo, cómo caracterizar la etapa, etc., que diferenciaban. Lo que resalta Ollier es que “metodología” y objetivo final (socialismo, más allá del adjetivo que le seguía) aparecían como primeras en la jerarquía de comparaciones.

“malos diagnósticos”, como la confusión entre la ilegitimidad de la dictadura y la ilegitimidad del sistema. Pero llama la atención que alguien que se preocupe por “identidades sociales” no registre como se relacionan con otras identidades.

De las conclusiones de Ollier quisiera destacar algunos elementos nuevos que se introducen.

Primero: aparecen en las conclusiones la referencia a los Sacerdotes del Tercer Mundo, a su paternalismo, a su simplificación del espacio social. El heroísmo y el culto de la muerte propios de montoneros (y en menor medida de otras organizaciones guerrilleras) se debería, al parecer, a esta impronta (Ollier, 2005: 335). No se entiende aquí si esto es una “traducción” de ciertos valores políticos Argentinos o si es un factor externo. Lo cierto es que se le dedican varias páginas de las “conclusiones” y no está en el cuerpo del texto. En Hilb y Lutzky también aparecían referencias a este movimiento y las ideas de sacrificio y martirización.

Segundo, que Montoneros haya crecido como lo hizo no tiene que ver con que fue una organización de izquierda coherente o algo así, dice Ollier. Hay en Montoneros componentes de derecha y religiosos, nacionalismo, etc. Esto es lo que explica su gran convocatoria como organización: su paternalismo, su iluminismo, su idea de la democracia como fachada (todo esto alimentado por la experiencia de la vida política Argentina al menos desde el '55), etc., son elementos de la cultura política argentina en general. Elitismo, pacto secretos, manipulación, son comunes en la política Argentina del '55, pero toman una profundidad mucho mayor en el período 69-73. Para Ollier en definitiva –tomando una metáfora planteada por ella, la guerrilla es un “exabrupto histórico” (Ollier, 2005: 335) que se explica muy claramente y revela elementos de la cultura política argentina. La guerrilla es “igual que el loco de la familia”. Que por loco no deja de ser reconocido como parte de la familia, suponemos. Pero este modo de explicar las cosas, por familiaridad (cultural en este caso) pierde de vista las interacciones y oposiciones. Para “denunciar” una cultura política quizás esté bien¹³, para entender un proceso histórico, quizás sea escaso.

3. Controversias en torno a la derrota y/o el fracaso.

En los artículos de Bufano hay una intención explícita de empezar a analizar la *derrota* de una estrategia de poder basada en la lucha armada. A diferencia de Caletti, como veremos, para Bufano las organizaciones armadas argentinas no fueron foquistas en lo más mínimo. La suya fue una táctica y estrategia de poder cuyo problema mayor –conciente- era la articulación de la vanguardia con las masas.

¹³ Para la autora se entiende “... por política la interacción producida en un espacio simbólico a partir del cual diferentes actores de una sociedad dirimen las divergencias y pactan los acuerdos...” (Ollier: 2005: 337)

Antes de meterse de lleno con el tema, Bufano hace una caracterización de la “nueva izquierda” para plantear que la lucha armada rompe con ella. Esta nueva izquierda va a tener características compartidas: rechazan el reformismo estéril del PS y el PC; tienen una nueva concepción del peronismo; su problema central es el de la relación vanguardia-masa.

La lucha armada es vista como un momento necesario de la lucha pero es pensada, dice Bufano, como un momento futuro, abstracto, donde las masas objetivamente se la plantearán. Sólo después del Cordobazo en las formaciones especiales, rompiendo con la nueva izquierda, va a aparecer “la violencia como instrumento de formación política y militar de las masas” (Nº 1).

Hasta ese surgimiento para Bufano la nueva izquierda opera alejado de las luchas populares. En sintonía con esto, los intentos realmente foquistas del EGP y de Taco Ralo fracasan rotundamente precisamente por estar aislados.

A partir del Cordobazo entonces se entiende a la violencia organizada como parte de una táctica política sin posponerla a futuras maduraciones de conciencia, porque la vanguardia aparece como parte de la lucha popular actuando como sujeto político que intenta modificar la correlación de fuerzas existente.

Después del Cordobazo la lucha armada buscará demostrar a las masas que la hegemonía de la violencia, siempre reservada a la clase dominante, puede ser disputada. La acción armada entonces es un hecho político también (además de militar). Como tal buscarán lograr la adhesión de las masas (a través de acciones ejemplares), así como una acumulación logística (para la guerra) y un entrenamiento militar riguroso.

Aquí nos parece interesante observar lo que Bufano llama “los peligros de la guerra”. Las masas deberán ser conducidas en un enfrentamiento armado posterior, conducidas por cuadros militares. Esto exige un entrenamiento militar sostenido y serio. Si bien la importancia de lo militar, en el concepto, está subordinada a lo político, lo que termina sucediendo por fuera de esta intención, es otra cosa. El entrenamiento militar genera lo que Bufano llama “hombre de aparato”. Entrenado en la concepción y las artes de la guerra, tiende a sustituir los conceptos políticos por conceptos militares. El esfuerzo que significa prepararse para la guerra subsumió, aunque no era lo querido, a la política.

Esto tiene sus costos a partir de las elecciones del '73. Como es de esperarse, en Bufano no aparece ningún análisis de tipo “democracia si, democracia no”, relación medios-fines, etc. Las organizaciones armadas son desorientadas, pero no porque hay elecciones. Se registró “objetivamente” una agudización acuciante de la lucha de clases (cuyo signo es Ezeiza), y paralelamente, según Bufano, la iniciativa militar

pasó a manos del Estado (sumándose a esto que las clases dominantes no quieren más presos, entienden que deben aniquilar).

Este momento que requería una formación política y una “riqueza de interpretación” profunda fue, gracias a los “peligros de la guerra”, desastroso. Se intentó profundizar el enfrentamiento armado dando un salto hacia delante en la confrontación cuando en realidad la iniciativa la tenía el enemigo. Esto generó acciones ambiguas a los ojos de otros actores y sectores progresistas de relaciones con las organizaciones quienes se fueron alejando de lo que veían como una escalada terrorista.

Además, se interpretó a la crisis política del momento y al grado avanzado de conciencia de ciertos sectores obreros como si fuera una impugnación general al sistema. Tampoco se vió que el '75 era un momento de repliegue (de las masas) y para el repliegue (de la vanguardia).

Hagamos un resumen nosotros. Para Bufano las organizaciones armadas no son foquistas, incluso son el resultado de sucesivas rupturas con la izquierda tradicional. Lo propio de ellas es que la lucha armada es un mediador entre vanguardia y masa. Esto de alguna manera funcionó, pero la producción del hombre de aparato, producción casi trágica debido a los quehaceres de la guerra en puerta, tuvo sus consecuencias contra la política. Esto es lo que podríamos llamar propiamente *fracaso*¹⁴. Un resultado no deseado que redundó en una mala interpretación del 73 (no de las elecciones, sino el carácter de la etapa de lucha). Pero también rescata el accionar del “enemigo”, es decir, esa “apurada” del enfrentamiento armado, ese aislamiento buscado por las clases dominantes.

Bufano entiende que las organizaciones armadas son “... el punto más alto de toda la historia de los movimientos revolucionaria en Argentina”. Pero no alcanzó.

Pasemos a Caletti. Una forma de sintetizar este complejo pensamiento podría ser con la siguiente cita: “La nuestra no es solamente la dominación de una clase sobre las demás, sino también, la historia de la enajenación de nuestra historia” (Nº 2). Caletti intenta encontrar grandes desaciertos en elementos ideológicos que son parte de una matriz de pensamiento (el “ideal-marxismo”) que comparte casi toda la izquierda Latinoamericana y Argentina. Las ideas del marxismo llegaron aquí, no como instrumentos a cotejar y ensayar contra nuestra realidad, sino como dogmas que fuerzan y fantasean sobre nuestra historia.

¹⁴ Definamos esto: mientras la *derrota* tiene que ver más con una interacción (el otro me derrota), el *fracaso* tiene principalmente causas internas. Quizás nunca hay uno sin otro, incluso sus fronteras son difusas. En todo caso es una cuestión –para nada menor– de acentos.

Es decir, hay un problema de matriz ideológica, que es común a toda la izquierda y que aportó significativamente al fracaso. Puede haber una evaluación compartida de los errores pero lo importante es, para Caletti, las condiciones ideológicas del fracaso, porque *toda* la izquierda participó de él. No nos detendremos en su análisis de la izquierda reformista, sólo veremos qué pasó con la guerrilla.

A diferencia de Bufano entonces, no ve a las organizaciones armadas como resultado de un proceso de diferenciación de la izquierda tradicional primero y luego de la nueva izquierda. Cuando piensa la guerrilla, también a diferencia de Bufano, toma todo en paquete: no pone como inflexión el Cordobazo. Uturuncos cae en la misma bolsa que el ERP.

También a diferencia de Bufano sostiene que una concepción vanguardista de la política es foquista. Son sinónimos, incluso habla de “focos desarmados” que se dedicarán al “catecismo” para adoctrinar a las masas.

Básicamente el “leninismo de manual” aportó a una teoría errónea del Estado. Se dejó de lado el momento hegemónico, el momento articulador y mediados del Estado y sólo se lo concibió como una instancia de coerción y dominación. Sólo se podía actuar entonces contra el Estado. No se pudo pensar el momento hegemónico de la política. Esto redundó en que la batalla ideológica se pensara en términos de propaganda.

A esto hay que sumarle la “conciencia iluminada”, es decir, la idea de que espontáneamente las masas son reformistas y por tanto hay que aportar cuadros para su conducción. La vanguardia y el partido se hacen centrales y sustituyen a las masas en algún punto.

A este vanguardismo-foquismo que entiende al Estado como instancia sólo de dominio, hay que agregarle lo propio de las organizaciones armadas: el “método” de la lucha armada como unificador. Más allá de componentes ideológicas, de evaluaciones de la etapa y de lecturas de la historia argentina, el paraguas del “método” de la lucha armada emparentó y legitimó entre ellas a las organizaciones. Esto es algo que ya rescatamos de Hilb y Lutzky y que parece un tema interesante: ¿cómo puede ser que la gran diversidad de organizaciones de izquierda pueda quedar de alguna manera suspendida ante una igualdad de método?.

Pero antes de la perplejidad de esta pregunta hay otra. Dice Caletti ¿es la lucha armada un “método”? Citando a Lenin, afirma que la “lucha armada” es una instancia superior de lucha popular, es la última fase de una lucha de clases. Entonces, no es un método sino una etapa, y no es entre el pueblo y el Estado sino entre clases. Este punto nos resulta sumamente interesante y aparece en todos los trabajos. Si en Hilb-Lutzky no se entiende bien si es un método o una etapa (y no nos queda claro de quien es la confusión), en Ollier parece que es parte del desplazamiento de teoría a creencia. Bufano de algún modo también marca

esto: la guerra popular es un punto que la Argentina no había alcanzado. Las organizaciones guerrilleras tuvieron su derrota máxima cuando, en vez de un repliegue dada la ofensiva de las clases dominantes, optaron por encarar la guerra popular (ficticia) a todo pulmón. Pero también para Bufano, que no confunde etapa y método, hay algo de “método” en la lucha armada, dado que entiende que es una forma de concientizar a las masas, es una forma de decirles que se puede disputar el monopolio de la fuerza. Todo esto, claro está, no explica por qué el manto del “método” cubría (¿encubría?) tantas diferencias. Para Caletti hay un “fetichismo del fusil” que oculta ciertos valores. En pocas palabras, el fusil sintetiza el culto del héroe, el iluminado, la tecnología y la fuerza, que reemplazan a la participación activa y plena de las masas. Aquí, en esta trágica sustitución de las masas, aparece una identidad de valores con las clases dominantes: el paternalismo, la heroicidad, etc., operaron de la misma manera en toda la sociedad¹⁵.

Para sintetizar estas posiciones digamos que Bufano no hace una impugnación general a las organizaciones armadas. De algún modo las reivindica al decir que son el punto más alto de la revolución en Argentina (y es la cumbre de un proceso de discusión y diferenciación de la izquierda). Incluso en otro artículo aclara muy bien cual es su preocupación por la derrota: el problema es que ahora aparece todo un discurso, dice, que empareja violencia, lucha armada, foquismo, totalitarismo, como si todo fuera lo mismo. Esa es la mayor derrota para Bufano (Nº 6).

Las claves de su lectura se basan por un lado en un error de diagnóstico por decirlo así. No era una etapa de guerra popular abierta, cuyo inicio sería Ezeiza o la posterior represión estatal. La “aceleración” de la conflictividad era buscada por el enemigo (aquí Bufano parece identificar Estado y clases dominantes a diferencia de Caletti), fue un error llevarla adelante.

Pero este error tiene una causa interna. Las organizaciones armadas supeditaron, de modo no conciente ni buscado, su formación política a la militar. Por eso el '73 presentó un desafío político para el que estaban poco preparados (por el cambio en la concepción confrontativa de las clases dominantes).

Caletti se propone otro punto de vista. Su impugnación es general. Hay que salir de estos errores de concepción para que la izquierda avance. Estos errores se pueden sintetizar en tres planos. El más general es la aceptación del ideal-marxismo, esto es, esquemas conceptuales rígidos, idealistas, que fuerzan la realidad. Un segundo –derivado del anterior– donde se encuentra una concepción sesgada (por el leninismo de manual) del Estado, la hegemonía, el Partido, las masas. Un tercer plano estrictamente

¹⁵ Podríamos decir –es una lectura que hacemos de Caletti– que los “valores dominantes” no son sólo los valores de la clase dominante, sino los valores “universales” con los que domina la clase dominante. Esto no lo puede registrar la izquierda argentina porque no entiende la dimensión hegemónica de la política.

vinculado con las organizaciones armadas: el fetichismo del fusil que encubre ciertos valores dominantes (heroicismo, fuerza, culto a la tecnología).

4. Conclusiones. Una mirada “total” contra una “partidaria”.

Dada la gran cantidad de temas y ejes vamos a tomar algunos arbitrariamente para hacer ciertos contrastes o profundizar otros ya marcados a lo largo del texto.

Respecto de la mirada general, más allá de la perspectiva e intencionalidad diferente (historiográfica explicativa, militante evaluativa), hay concepciones generales muy diferentes. Podríamos decir que el lenguaje democratista y el lenguaje “controversia” son muy diferentes. Y no es una cuestión terminológica, sino que es una perspectiva general sobre la política sumamente diferente.

Como veíamos en el caso de Hilb-Lutzky y Ollier hay una preocupación por la cuestión democrática. Hay una centralidad del tema donde se advierte una organización del discurso que arranca desde la dicotomía violencia-autoritarismo-lucha armada-guerra vs. democracia-consenso-elecciones-parlamento-política. Hay una preocupación, un cuidado, un intento de rescate de la democracia por sí misma. Y aquí hay una superposición importante (tributaria de la dicotomía organizadora): por un lado la democracia es un valor deseado, tiene entonces algo de prescriptivo; pero por otro tiene un valor ontológico por decirlo de algún modo: sólo hablamos propiamente de política cuando hablamos de democracia.

En los artículos analizados de *Controversia* esto no es así. La preocupación por acabar con la dominación, de poner a las masas en lucha en un lugar protagónico, de acabar con la explotación son centrales, están más allá de la postura respecto de la lucha armada. Incluso la “democracia” no aparece como tema en sí, sino como *medio*. Como posible medio para disputar un proyecto político popular. Así, el artículo de Godio significativamente llamado “la guerra ficticia a terminado” registra que no hubo una guerra, sino una llana represión, y que la democracia es una condición necesaria (para nada suficiente) para un proyecto socialista argentino¹⁶. En la misma línea, la editorial de primer número de Hectos Schmucler, generalmente citada como el primer giro claro hacia el democratismo en la izquierda que revalúa sus posiciones en el exilio, no deja de hablar de represión, dominación, explotación, campo popular, etc.

En síntesis, la preocupación política de los primeros es contribuir a la democracia, a la política entendida como consenso, reglas comunes de juego, parlamentarismo. Hay una mirada *total* que impugna toda una cultura política. Para los segundos, la preocupación pasa por reestablecer las luchas populares y esto va

¹⁶ “Se trata de reconquistar la democracia para abrir cauce a la disputa histórica entre dos grandes modelos para el país: o un capitalismo atrasado, dependiente y autoritario, o un modelo socialista para la Argentina”. Julio Godio, n° 8.

contra las clases dominantes. La democracia y la violencia no son temas en sí mismos, son medios para otra cosa. Aunque como dice Godio, la democracia sea necesaria, es un *medio* necesario. No un fin o bien en sí mismo¹⁷. Hay aquí entonces una mirada *partidaria*, en el sentido de que se ve a sí misma desde el *campo del pueblo*, desde esa parcialidad.

Sobre el tópico de la guerra. Aquí hay varias cosas para aclarar. La *guerra* tiene dos facetas al menos. Por un lado tiene que ver con un concepto de la sociedad como guerra (de clases, del pueblo contra la oligarquía, etc.). Es una mirada general de la sociedad que la ve en pleno conflicto, y estos conflictos son de orden antagónico, no hay acuerdo posible entre explotados y explotadores o Nación e imperialismo por ejemplo. Por otro lado la cuestión del “momento de la guerra”, es decir, de pensar a la guerra (popular prolongada, civil, o lo que fuere) como un momento necesario y específico que se plantea en el avance de las luchas populares.

Muchas veces, como sugerimos, nos ha costado diferenciarlos en los textos analizados. La visión democratista hace mucho hincapié en la primer idea (ver a la sociedad como guerra). Para este discurso esto viene de la mano de pensar al enemigo como ilegítimo, como otro a ser erradicado. Y como tal hay un pasaje muy directo –en estos análisis– de la *sociedad como guerra* al *momento de la guerra*. En *Controversia* no aparece ninguna impugnación a esta idea. Nombrar a la disputa, a la confrontación, violenta o no, como guerra, no es algo central. Podemos decir nosotros que, por ejemplo, en Gramsci se verifica un lenguaje de la guerra (de posición, de maniobra, análisis de situación, trinchera, estrategia-táctica) que no lleva a las armas directamente. Queremos decir que, ver a la sociedad como “guerra” no implica necesariamente las armas, aunque sí la ilegitimidad (objetiva) del enemigo. Pero esto tampoco implica su aniquilamiento físico, porque el enemigo es una figura social, no una persona. En este sentido (más bien metafórico), guerra no se opone a democracia. Quizás por esto, y acá hay un alto grado de hipótesis de mi parte, no sea un tema de discusión en *Controversia*.

Lo que sí es un tema en *Controversia* es el “momento de la guerra”. Para Bufano, que claramente no critica esta idea, lo que se registra es un desfase entre las pretensiones de las organizaciones armadas (la guerra está desatada)¹⁸ y lo que pasa a nivel de la lucha de clases (no hay una impugnación mayoritaria al

¹⁷ Ernesto López dice “lo democrático para Perón era un instrumento consustancial con un objetivo: transitar una vía de desarrollo capitalista con los mayores márgenes de autonomía posibles” (Número 4, “Discutir la derrota”). La visión de la democracia como “instrumento” o “medio”, al menos en el contexto de la discusión sobre la lucha armada, es un presupuesto.

¹⁸ Bufano entiende que las organizaciones armadas lo creen así después del '73, cuando las clases dominantes comienzan la ofensiva. Hilb y Ollier hacen mucho hincapié en que las organizaciones suponían la guerra desde el Cordobazo. Aquí por un lado hay que decir que esto es una discusión en las diversas organizaciones, pero también que hay una ambigüedad en el análisis democratista donde “guerra” y “acción armada” aparecen como equivalentes.

sistema, sino al Estado; se confundió un proceso de apertura democrática con una guerra popular desatada; no se dimensionó la ofensiva de las clases dominantes). Al respecto el artículo de Godio citado focaliza en esta cuestión: no había una guerra desatada, había un cuestionamiento profundo al Estado y al gobierno de facto. En Caletti no se registra ninguna evaluación por el estilo. Lo que hay es una reivindicación del movimiento peronista, como movimiento popular. La participación activa de las masas, sin sustituciones vanguardistas, es su pretensión (obviamente no hay atribución ninguna al movimiento de “autoritarismo” o algo así). Es decir, en Caletti la “alienación” de las organizaciones respecto del movimiento popular está dada por definición. Esto es, el foquismo-vanguardismo, nunca podrían hacer un buen diagnóstico porque están “despegados” del pueblo.

En el libro de Hilb no hay discusiones al respecto, porque el concepto de “guerra” es impugnado de plano como lectura política y parece llevar directamente a la idea de aniquilación del enemigo. Ollier también lo hace pero sin embargo es más sutil en ciertas cosas. Se preocupa por registrar un desfase importante entre lo que las organizaciones leían de la etapa (desde el cordobazo) y lo que la sociedad pretendía. Cuando Montoneros lee en las tomas de fábrica una impugnación general al sistema, Ollier registra que estas estaban motivadas con el fin de negociar con los dueños mejoras en las condiciones de trabajo¹⁹. En consecuencia podemos afirmar que el desfase entre diagnóstico (o concepto) y “realidad”, de formas diversas, es registrados por todos los trabajos.

Una cuestión más: la cultura y el “militarismo”. En el análisis democratista la cultura política argentina, sumada a la situación de crisis se ve reflejada o expresada en las organizaciones armadas. Describen además ciertos elementos ideológicos provenientes de la revolución cubana y otras confrontaciones del “tercer mundo”, como incorporados a una matriz bien argentina por decirlo así. Respecto del “culto a la muerte” y el heroísmo, ambos libros refieren al movimiento de sacerdotes del tercer mundo para explicarlo, quienes por un lado tienen una matriz antagonista (pueblo/anti-pueblo) de lectura de la realidad y por otro tienen una escatología donde el sacrificio, la muerte, el triunfo y redención final son centrales. Estos análisis se centran en destacar los rasgos comunes con la cultura política argentina, tomando más bien como dato sin más, las peculiaridades ideológicas de las organizaciones armadas. Uno de los puntos más destacados que parecen ser propios de estas organizaciones tiene que ver con el culto a la violencia y la muerte. Este rasgo diferencial implicaría una sobrevaloración de la fuerza como valor, de lo militar, de lo heroico. El hecho de que las organizaciones hayan “medido” su relación con otras a través,

¹⁹ No nos meteremos en discutir qué tan fundado está este resultado de Ollier. Otra muestra de entrevistas quizás hubiese demostrado otra cosa. No sabemos. Esto también deja de lado una preocupación teórica y práctica importante: la de establecer hasta qué punto una demanda puntual es también al mismo tiempo una impugnación general, y viceversa.

centralmente, de la idea de “metodología armada” es un dato interesante al respecto. Pero lo que nos interesa destacar es que, y Ollier es muy clara en esto, las organizaciones ponían en igualdad de importancia –teóricamente- el plano político y el militar, pero sin embargo esto no sucedió.

No se analiza aquí la importancia de la relación de las organizaciones armadas con otras organizaciones (no armadas), ni tampoco el accionar de las fuerzas represivas, para definir una identidad política.

En *Controversia* no se tematiza la “cultura política”. Podemos decir igualmente que hay dos posiciones extremas sobre la conformación ideológica general de las organizaciones. Por un lado Bufano presenta a las organizaciones armadas como resultado de un proceso de diferenciación y complejización conceptual y organizacional de la izquierda argentina. Son su punto más avanzado. Caletti impugna a toda la izquierda vanguardista como vimos. Partirían de varias concepciones erróneas generales. Pero no impugna a las masas, a la acción colectiva, al peronismo como movimiento. Podemos decir entonces que en el espacio discursivo de *Controversia* la impugnación (menor o total) que se le hace a las organizaciones tiene que ver con un problema de la izquierda. Hay una mirada que se posiciona desde el “campo del pueblo”. No se impugna una “matriz” o idea que sintoniza con el resto de la “cultura política”, porque no se critica la “cultura argentina”, se critica para reorganizar el campo del pueblo (no para organizar el “espacio –total- de la política”).

Respecto del militarismo, Bufano y Caletti tiene una visión muy diferente. Para el primero, como decíamos, los “peligros de la guerra” redundaron en una subordinación de la política, una subordinación no buscada y fatal. Para Caletti, esto no fue un proceso “inercial” sino que es precisamente el lugar donde reaparecen los valores dominantes. El culto de la fuerza, el heroísmo, la técnica, son parte de la forma en que dominan las clases dominantes (y la convocatoria de estas organizaciones es alta precisamente porque apelan a estos valores). Está claro que en *Controversia* hay una impugnación total al militarismo. Pero la perspectiva desde la que se hace (inercia organizacional o incorporación de valores dominantes) es muy distinta.

En este punto, Ollier y Bufano se parecen: el militarismo es una consecuencia no buscada. Pero es otra cosa la que quisiera destacar. En el discurso democratista aparece como rasgo diferencial de las organizaciones armadas el militarismo. Para Caletti es totalmente al revés. Es precisamente en el militarismo donde se encuentra la identidad de valores entre las organizaciones y lo que pretenden combatir: el heroísmo, el culto de la tecnología y la fuerza son “valores dominantes”. No una cultura general compartida de modo “igualitario” por decirlo así, sino una estructura de valores que reproduce grupos dominantes y subalternos.

Por tanto está claro que hay una visión general totalmente diferente. Mientras para Hilb y Ollier se trata de impugnar toda una cultura, prácticas y valores de la política y construir un “espacio común”; en *Controversia* se trata de evaluar la lucha armada para salir de los errores y retomar las luchas populares. No parece haber posibilidad de “espacio común simbólico” o algo así. Está claro que hay temas similares: el desfasaje entre lo que las organizaciones creyeron y lo que “realmente” pasaba. Pero este desfasaje no es igualmente conceptualizado. También el militarismo es un tema común. Pero aquí se revela, por lo menos en Caletti, algo muy singular. Si para la mirada democratista este punto es el más específico de las organizaciones armadas (aunque se amolda a la matriz autoritaria general), para Caletti revela el punto más claro de la dominación: ahí reaparecen los valores con los que domina la clase dominante. Vezzetti trata de poner un punto de ruptura con la forma de concebir la política y la violencia, no en 1983, sino a partir del '76, con la reflexión de muchos exiliados. Cita a *Controversia* en ese sentido y se extiende en Caletti (y en la idea de que las organizaciones armadas compartían valores con sus oponente). Según nuestro análisis, podemos decir que más que continuidad hay un “abismo de sentido” entre *Controversia* y el democratismo.

BIBLIOGRAFÍA:

Los libros académicos “democratistas”:

- Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel (1984), *La nueva izquierda en argentina: 1960-1980. Política y violencia*, CEAL.
- Ollier, María Matilde, *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*, (1986), Argentina, CEAL.
- Ollier, María Matilde, (1989), *Orden, poder, violencia (1968-1973)*, Argentina, CEAL.

NOTA: la edición que usamos es:

- Ollier, María Matilde, (2005), *Golpe o revolución. La violencia legitimada, argentina 1966 / 1973*, EDUNTREF.

Aquí se editaron los dos libros anteriores en un solo volumen con un prólogo general.

La revista:

- *Controversia para el examen de la realidad argentina*. Edición facsimilar de EJERCITAR LA MEMORIA EDITORES, Argentina, 2009.

Artículos citados:

- Bufano Sergio, “La violencia en la Argentina: 1969-1976. Primera parte” N° 1, año I, octubre de 1979, México.

- Bufano Sergio, “La violencia en la Argentina: 1969-1976. Segunda parte” N° 2-3, año I, diciembre de 1979, México.
- Bufano Sergio, “Izquierdistas, esos brujos.” N° 6, año II, mayo de 1980, México.
- Caletti Rubén Sergio, “Los marxismos que supimos conseguir”, N° 1, año I, octubre de 1979, México.
- Caletti Rubén Sergio, “La revolución del voluntarismo”, N° 2, año I, octubre de 1979, México.
- Godio, Julio “Historias y futuros. La guerra imaginaria ha terminado”, año II, N° 8, Septiembre de 1980, México.
- López, Ernesto, “Discutir la derrota”, N° 4, año II, febrero 1980, México.
- Schmucler, Héctor, “Actualidad de los derechos humanos”, N° 1, año I, octubre de 1979, México.

Bibliografía citada:

- Burgos, Raúl (2004), Los gramscianos argentinos, Bs. As., Siglo XXI.
- Oberti Alejandra, Pittaluga Roberto (2006), Memorias en montaje. Bs. As., El cielo por asalto.
- Pittaluga Roberto (2007), “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista”, en *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Franco y Levín compiladoras, Paidós.
- Vezzetti, Hugo, (2002) Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina. Bs. As., Siglo XXI.
- Vezzetti, H., (2009), Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos, Bs. As., Siglo XXI.